



**USAC**  
TRICENTENARIA  
Universidad de San Carlos de Guatemala

CENTRO UNIVERSITARIO DE OCCIDENTE -CUNOC-



**CUNOC**  
Dirección del Sistema de Investigación  
José Baldomero Arriaga Jerez

Boletín informativo

# Actualidad

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIÓN (DICUNOC)  
"José Baldomero Arriaga Jerez"  
CENTRO UNIVERSITARIO DE OCCIDENTE

BOLETÍN NO. 10 AÑO XXVI

OCTUBRE 2024



RAÚL BETHANCOURT  
DIRECTOR DICUNOC

## INTRODUCCIÓN

La historia de cada cultura y país es una de las respuestas del porque del presente de dicha nación. Las prácticas culturales heredadas de nuestros antecesores, mediante la socialización intergeneracional, pueden ser llevadas al comportamiento y las actitudes vigentes en la actualidad, tal como en el caso de los ritos familiares o comunitario en la forma de saber, entender y considerar la vida o la muerte, etc.

Las pautas normativas y de expectativas que fueron establecidas en el pasado, pueden conducir las conductas de las personas en el presente, y hacer que estas se ajusten a una especie de encuadre

## LA CONDUCTA HUMANA

teniendo una dificultad bastante marcada a la ruptura con él.

Los estragos y las experiencias traumáticas, como las guerras, los genocidios, etc., pueden tener un sello en la psique colectiva de la comunidad, de tal forma que marquen el modo que tienen sus miembros de interactuar entre sí y con los otros.

Las prácticas culturales que suponen una historia de opresión o de privilegio de un determinado grupo en el presente puede ser una continuidad en las prácticas de relación de forma que la historia influya en los modos de tocar, de relacionarse y en las formas de expectativas de comportamiento de la actualidad.

La historia de las tradiciones familiares o culturales hace que la identidad de las personas, grupos

*“Una conducta humana es el resultado de la sociedad o cultura que rodea a la persona”.*

e individuos, sea determinada por ellas, y la manera en que la persona ha construido y reforzado su identidad, puede influir en el sentido de la autoeficacia, de pertenencia y de la decisión de cómo apoltronarse ante la vida y los modos de expectativas de comportamiento que puede tener la persona.

La historia de los relatos que las personas de determinada comunidad tienen sobre el pasado de su comunidad, la manera en que se recuerdan, puede dar lugar a tipos de relaciones, y de cómo se deben/saben enfrentar los desafíos que se pueden dar en el presente.

Las experiencias vividas del pasado pueden convertirse en aprendizajes, los grupos o comunidades tienden a aprender de los errores, fracasos o éxitos; de esta forma el lugar, espacio o situación, puede marcar la forma de comportarse ante situaciones del presente. Las comunidades que han tenido experiencias traumáticas pueden haber desarrollado una forma de resistencia para poder hacer frente y sobrevivir en la actualidad.

Algunas investigaciones sugieren que ciertos comportamientos pueden estar influenciados por la herencia genética, lo que implica que las experiencias pasadas de ancestros pueden tener un eco en la conducta actual. La genética afecta la conducta humana; la interacción entre genes y entorno es importante. Los estudios en psicología y biología han demostrado que la personalidad, las habilidades y algunos comportamientos pueden estar relacionados con herencia genética. Por ejemplo, se ha demostrado que la característica personali-

dad, la ansiedad o la agresividad son hereditarias.

Los genes afectan, por ejemplo, a la producción de neurotransmisores y hormonas que regulan el estado de ánimo y el comportamiento. Así, diferentes niveles de segregación de serotonina o dopamina afectan, por ejemplo, a la predisposición a la depresión o a la impulsividad, respectivamente. Sin embargo, la genética no actúa, de forma independiente; el entorno también es importante. La crianza, la educación o las experiencias de vida actúan conjuntamente con la herencia genética, moderando y, en ocasiones, amplificando ciertos comportamientos.

De esta forma, el comportamiento humano puede explicarse como el resultado de una interacción de la genética como base biológica, mientras que el entorno y las experiencias personales son la base para el ejercicio de comportamientos concretos. La interacción entre genética y entorno es crucial para dar cuenta de la heterogeneidad del comportamiento humano.

Durante los primeros años de vida, se aprenden normas y valores mediante la constante interacción con la familia y la comunidad; a menudo, la enseñanza se basa en la pauta de experiencias que pueden guiar comportamiento y expectativas; por el contrario, la conducta de los adultos tiende a imitar la que hayan observado a partir de sus referentes, estos pueden ser parte de la familia o bien una figura pública, pero los patrones adquiridos se mantienen.

La forma en la que las sociedades pretenden recordar y contar su historia se convierte en un componente de la identidad colectiva. Estas historias pueden despertar orgullo, lograr firmeza, pero pueden también despertar resentimiento y división. Los símbolos y determinadas formas de actuación asociadas a las mismas - rituales- pueden perpetuar comportamientos actuales y actitudes vigentes.

Las experiencias traumáticas pueden influir en el funcionamiento de la propia salud mental y emocional de las personas y, por ende, en su comportamiento presente. Ahora bien, pueden también ser la puerta de entrada hacia una mayor resiliencia y una serie de estrategias de afrontamiento; las experiencias aprendidas de situaciones anteriores pueden influir a su vez en la forma en la que se hace uso de la información para tomar decisiones, para afrontar esas interacciones y en cómo se actualizan en la propia cotidianidad;

Ahora bien, el comportamiento humano es el resultado de una compleja interacción entre el pasado y el presente. Las experiencias, la cultura y las normas sociales que se han ido inscribiendo a lo largo del tiempo son un espacio significativo de la forma en la que se determinan comportamientos y actitudes; de ahí que a partir de las conexiones que establezcamos podemos obtener una comprensión mayor sobre la forma en la que las personas actúan y toman decisiones en la cotidianidad.

Desde la Psicología, entendemos que el pasado afecta profundamente la conducta presente. Después de todo, es a través de la transmisión que las costumbres, los valores y las normas, que han sido establecidos en un grupo so-

cial durante varias generaciones, siguen vivas y en uso. En otras palabras, las costumbres forman un sistema de prácticas que guían la toma de decisiones diarias y las respuestas emocionales de los individuos.

Esta es una base compartida cohesiva que forma el grupo y define su identidad cultural. Por lo tanto, es natural referirse a la historia y a los eventos pasados cuando se habla de las costumbres y de las normas de una cierta comunidad. Las respuestas de los antepasados han moldeado el comportamiento de las futuras generaciones. ¿De qué otro modo se pueden establecer normas si no es en respuesta a situaciones previas? Si comparamos, por ejemplo, comunidades que han históricamente experimentado situaciones de vulnerabilidad, vemos cómo el sentido de colectividad, el respeto hacia las figuras de autoridad y la reciprocidad se fortalecen como medios de asegurarse la supervivencia y el soporte mutuo. es la manera más efectiva de sobrevivir juntos.

Asimismo, las tradiciones y costumbres se implican en la construcción de la identidad de las personas, toda vez que afloran a través de tradiciones, fiestas y relatos que vuelven a dar sentido a la pertenencia a la comunidad y a la historia colectiva.

De este modo, el pasado no sólo nutre, sino que también da pie y justificar la concepción de las conductas del presente: las personas, en la medida en la que llevan a cabo la vida de acuerdo con las costumbres de sus antepasados o antecesores, perciben que están en sintonía con su cultura heredada, al mismo tiempo que les confiere sensación de continuidad y sentido.

En el contexto de la justicia, esto es una base científica para decir que lo cultural podría valerse de este enfoque que permite averiguar el modo en que las tradiciones y los valores tienen cabida en el entendimiento y aplicación de las normas jurídicas contemporáneas o el trasladar y recibir el sentido de la justicia de las prácticas y creencias pasadas.

Como experto en conducta, podemos entender que las conductas violentas en el presente suelen ser el resultado de una combinación de factores biológicos, psicológicos y sociales que se han acumulado y reforzado a lo largo del tiempo, y que reflejan patrones de adaptación a ciertos entornos o situaciones. Estos factores incluyen influencias culturales, experiencias personales y modelos de comportamiento transmitidos por la familia y la sociedad.

El Historial de exposición a la violencia, cuando una persona crece en un medio donde la violencia es habitual como lo puede ser la familia, la comunidad o la comunicación, puede llegar a asimilar la conducta de la violencia como forma de resolver conflictos o como forma de expresar el enfado o la frustración. La dinámica de la exposición reiterativa a la violencia puede llegar a ser interpretada como una forma aceptable o incluso necesaria en cierto tipo de ocasiones, y esto genera autores que reproducen la propia violencia que han podido observar o experimentar.

Las normas sociales y culturales en algunas culturas han llegado a adoptar modos de conducta en los que la violencia es considerada

una respuesta legítima con el cometido de salvaguardar el honor, proteger el territorio o establecer jerarquías sociales. Dichas normas pueden encontrarse muy arraigadas y perpetuarse a través de las generaciones, con lo que se establecen la aceptación social de la violencia en ciertas ocasiones. Esto se vincula con una narrativa de identidad que torna la violencia en un rasgo identitario del grupo.

Respuesta a traumas o abusos pasados desde un enfoque psicológico, las personas que han vivido traumas o abusos pueden desarrollar mecanismos de afrontamiento que incluyen respuestas agresivas como forma de protegerse. Si no reciben apoyo psicológico adecuado, estos mecanismos pueden volverse automáticos, manifestándose en situaciones de estrés, frustración o miedo, sin que la persona esté consciente del origen de su reacción violenta.

Factores biológicos y emocionales, existe evidencia de que ciertos factores biológicos, como desequilibrios en neurotransmisores o predisposiciones genéticas, pueden aumentar la propensión a la violencia en situaciones de tensión. Sin embargo, estas predisposiciones suelen ser activadas o desactivadas por el entorno social, lo que significa que el contexto y la educación juegan un papel importante en cómo se manifiestan.

Desigualdad e insatisfacción social, cuando una persona reside en un espacio que le cierra todas las puertas a la oportunidad viéndose atrapada en una situación de desigual e injusta, puede que sucumba a la insatisfacción y al resentimiento expresándolo en la violencia, que puede ser dirigida hacia el otro o hacia sí mismo cuando la violencia sobreviene como una salida para los problemas por la falta de alternativas para mejorar las condiciones de vida.

Las conductas violentas conllevan, por ello, a una relación compleja de historia personal, de contexto social y cultural y de propensiones biológicas del individuo; por esta causa el abordaje de las conductas violentas comporta una intervención global que aprecie la historia personal, la historia traumática, las normas culturales y las opciones para la construcción de respuestas pacíficas frente a los conflictos.

Las conductas violentas en una sociedad tienen un profundo y variado impacto, que afecta lentamente el bienestar de cada individuo, la cohesión social y la evolución económica. Las conductas violentas no solo producen daño a quienes lo padecen, sino que generan efectos indirectos en la comunidad.

Disminución de la confianza social y de la cohesión, la violencia, al ser frecuente, genera un clima de miedo y desconfianza entre los miembros de una comunidad, que empieza a ver a los otros como amenazas. A medida que la violencia se convierte en algo habitual, lo conseguido se deteriora, pues son las relaciones de apoyo y de solidaridad las que fortalecen a la cohesión so-

cial, pero las conductas violentas son las que fragmenta las conexiones sociales que la refuerzan. La cohesión social es importante para que las personas logren trabajar de forma conjunta, da importancia a la época del trabajo para resolver problemas y para desarrollar proyectos colectivos; la erosión de la cohesión social debilita y deteriora cada vez más a la estructura de la sociedad.

Impacto en la salud emocional y mental. La violencia genera niveles altos de ansiedad y estrés tanto para quienes la padecen de forma directa como para quienes son testigos de ella o son amenazados con padecerla. La violencia, el ambiente violento al que se ve expuesta una comunidad, genera una afectación en la salud mental de la población, aumentando el nivel de ansiedad, estrés postraumático o de depresión. La salud de las personas se ve deteriorada y esto provoca una falta de salud en la participación social, en la integración en el trabajo, en la productividad de las personas.

Los costos económicos son reflejados en un elevado costo económico de los comportamientos violentos para la sociedad, que se traduce en el gasto en seguridad, el costo en tratamientos médicos y psicológicos de las víctimas, el aumento del costo por la disminución de la productividad laboral por lesiones o estrés, y el aumento en el gasto privado en sistemas penitenciarios. Además, la violencia afecta a la inversión y el crecimiento de la economía, ya que las empresas no suelen invertir en zonas que son consideradas como peligrosas.

Ciclo de pobreza y exclusión, ya que las sociedades con violencia suelen entrar en un ciclo de pobreza. Las zonas que tienen altos niveles de violencia presentan dificultades para atraer inversión y empleo, incrementando así la pobreza. Dicha pobreza limita las oportunidades de progreso de la población. La falta de oportunidades puede incrementar la desesperanza, lo que a su vez alimenta con mayor violencia los comportamientos y el ciclo es difícil de romper sin llevar a cabo fuertes intervenciones sociales.

Debilitamiento e instituciones y del sistema de justicia esto es un reflejo de la violencia en las sociedades violentas, el sistema de justicia tiene retos muy serios para hacer que la justicia fluya y haga cumplir su función de protección de la ciudadanía. Cuando la violencia rebasa la capacidad del sistema de justicia de responder, los ciudadanos también pierden fe en la institucionalidad, percibiéndola como corrupta o ineficaz, o como un punto de referencia para la violencia. Ese desgaste en lo institucional puede llevar a que la gente haga justicia por mano propia, incrementando así el riesgo de violencia y de represalias.

Para concluir, las pautas de conducta violenta de una sociedad son devastadoras e hirientes, con efectos que tienden a ser transgeneracionales e incluso intrageneracionales, pues la violencia tiende a replicarse entre las nuevas generaciones y entre las propias generaciones. Combatir esta problemática implica una mirada integral, centrada no en la respuesta ante los

delitos, pero sí en la prevención a través de políticas educativas, políticas económicas y políticas de salud mental que fortalezcan las oportunidades, por lo que la promoción de una cultura de paz y de resolución pacífica de los conflictos no ha de considerarse como un mero elemento residual.

Inequidad y frustración social causa violencia y desesperanza.

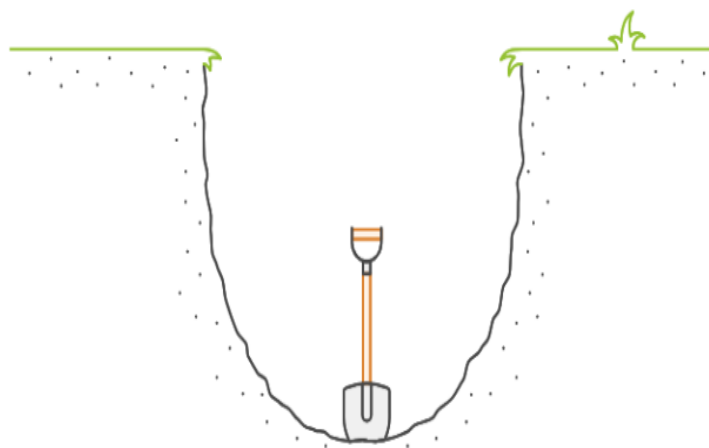


Imagen: IA

## Bibliografía

### Fuentes consultadas

- Bandura, A. (1973). *Aggression: A Social Learning Analysis*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice-Hall.
- Galtung, J. (1996). *Peace by Peaceful Means: Peace and Conflict, Development and Civilization*. Oslo: International Peace Research Institute.
- Castillo, V. (2013). Poder Judicial, Justicia Inclusiva y Justicia Intercultural. *Revista Oficial del Poder Judicial* Año 6, No. 8 y No. 9.
- Varona Martínez, G., de la Cuesta Arzamendi, J. L., Mayordomo Rodrigo, V., & Pérez Machío, A. I. (2015). *Manual de Victimología*. Bilbao: Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea.

*Los artículos publicados en este boletín son responsabilidad exclusiva de sus autores, en contenido y forma.*

#### DIRECTORIO

**Director Dicunoc:** Raúl Bethancourt

**Autor:** Raúl Bethancourt

**Diseño y Estilo :** Fred Rivera (Profesor Investigador)

*La Dirección General de Investigación del Centro Universitario de Occidente (Dicunoc) "José Baldomero Arriaga Jerez",*

*es una dependencia del Centro Universitario de Occidente, cuya misión es el desarrollo de la Investigación Científica en todos los campos del conocimiento. Se interesa especialmente en impulsar la investigación científica y tecnológica vinculada al desarrollo regional y local en el área de influencia del CUNOC que comprende los Departamentos del Sur-Nor-Occidente del país.*